

1968: EL POTENCIAL “TRIÁNGULO REVOLUCIONARIO”



EDUARDO GRÜNER

Ensayista, sociólogo, docente UBA

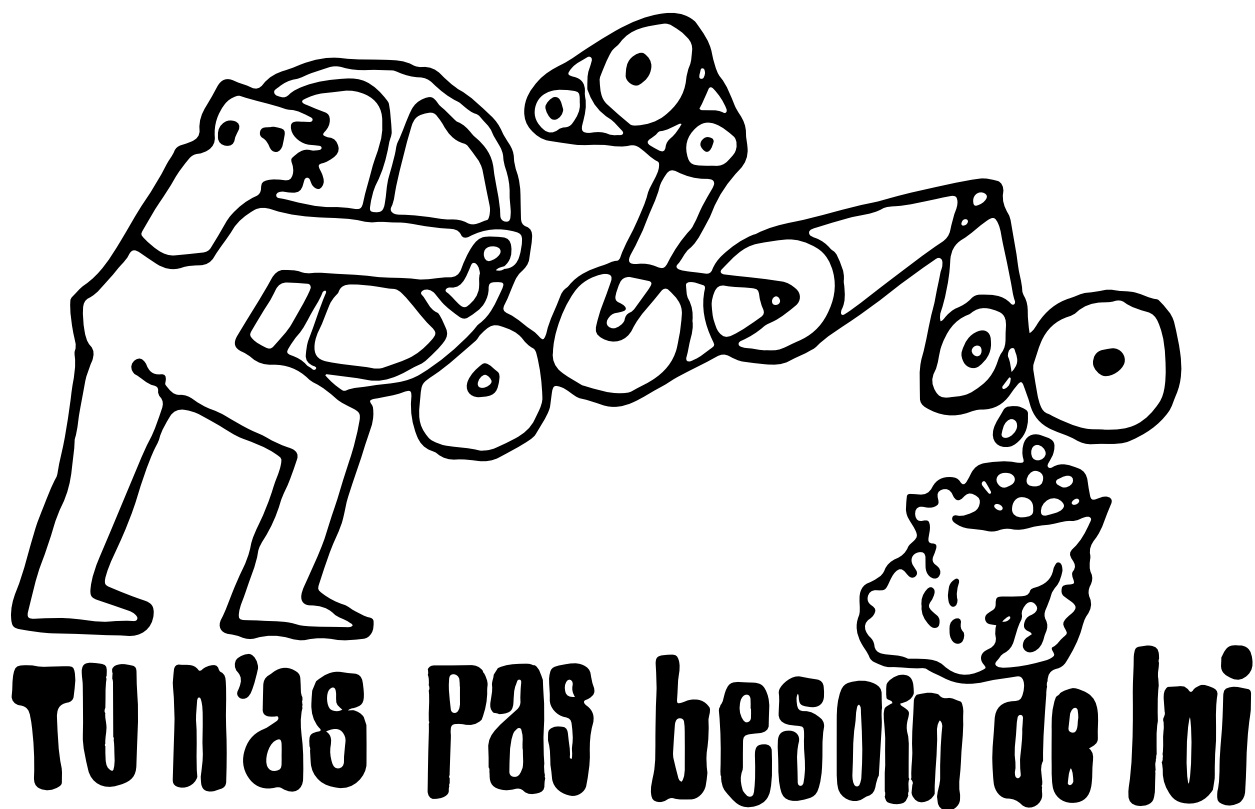
Las efemérides, los aniversarios históricos, suelen ser cáscaras ideológicas vacías, o a lo sumo rituales indiferentes y rutinarios, cuando la burguesía los usa para confirmarse a sí misma como propietaria eterna de la Historia, como guardiana de una realidad inamovible y repetitiva, que retorna circularmente al mismo lugar (porque, como ironizaba Marx, la burguesía siempre supo que la historia era un perpetuo proceso de transformación... hasta que se convirtió en clase dominante). Eso es la “historia Billiken”: una transformación de la experiencia de los sujetos sociales en monumento para la contemplación a distancia, como decía Walter Benjamin de lo que él denominaba *estetización de la política*. Pero, por supuesto, hay otra manera, la opuesta, de tratar las efemérides: es la que busca *recuperar* aquella experiencia de los sujetos sociales, cargándola de lo que Sartre llamaría su existencia *vivida*, y al mismo tiempo buceando en las estructuras (históricas, sociales, políticas, ideológicas, culturales) que las explican, aunque conservando su irreductible singularidad. Y buscando en la “repetición” la *diferencia*, como hace Marx con su canónica metáfora de la tragedia y la farsa. Cuando se hace eso –y “eso” es mucho más de lo que podremos hacer aquí: solo estamos hablando

de una *orientación*– la efeméride, por así decir, se *des-congela*, y se le permite “relampaguear en este instante de peligro” (Benjamin, de nuevo). No se trata, solamente –aunque no es poca cosa–, de “extraer lecciones de la historia”. Dicho así, sería una perspectiva demasiado *lineal*. Pero la historia, como sabemos, se escribe siempre *desde* el presente *hacia* el pasado, y apuntando al futuro. Lo que nos pasa hoy afecta a cómo leemos lo que pasó ayer, y lo que deseamos que pase mañana nos dicta cómo entender el ayer y el hoy. El secreto de las distintas “lecturas” de la historia está en la naturaleza de ese *deseo*. El deseo reaccionario tiene *su* historia, tanto como el deseo revolucionario: no es meramente que sean incompatibles, sino que están *en lucha*. Las efemérides, por lo tanto, también.

1.

“Mayo del 68” se transformó rápidamente en una suerte de taquigrafía metafórica para calificar a una vasta erupción que atravesó espacios, fronteras, generaciones, clases. Empujada por una situación de alza revolucionaria a nivel mundial, la rebelión estudiantil-juvenil surfó con sus exigencias particulares sobre la cresta de esa ola. En París adquirió un grado particular de

masividad y espectacularidad, con un fuerte componente estético-cultural (ya volveremos sobre esto) y con la creatividad de ciertas consignas poético-combativas: “La imaginación al poder”, “Seamos realistas, pidamos lo imposible”, “Debajo de los adoquines está la playa”, “Nuestros medios de comunicación de masas: los adoquines”, “Yo voté por la revolución en las barricadas: mi boleta fue un adoquín”, etcétera: como puede verse, y hablando de la recuperación de la historia, las *barricadas* y el *adoquín* fueron los “logotipos” privilegiados del movimiento, como lo habían sido en la Comuna de París de 1870. Ese tipo de *performance* estético-política rápidamente se transformó en casi universal –hoy diríamos que se “viralizó”–. El sintagma “Mayo 68”, pues, fue un emblema, o un símbolo global, de un fenómeno que estaba dando la vuelta al mundo. Movimientos similares –con sus características peculiares, claro está– se produjeron en Roma, Berlín y Londres¹. Pero hay que recordar, además, que ya se venían produciendo nada menos que en el propio centro del capitalismo imperialista mundial, los EE. UU. Allí, las protestas estudiantiles contra la guerra de Vietnam, las quemaduras públicas de las cédulas de reclutamiento del Ejército en los *campus*, las ocupaciones



TU N'AS PAS BESOIN DE LUI

de universidades a veces ferozmente reprimidas, eran un pan cotidiano, que se combinaba explosivamente con la emergencia de los Panteras Negras, del brioso movimiento feminista, del *free jazz* y el *rock'n'roll*, y así².

En Italia el movimiento alcanzó por momentos picos de masividad y violencia callejera muy elevados, mientras se gestaban en su estela “novedades” como *Potere Operaio* o las Brigadas Rojas³. Y no olvidemos: “Mayo 68” (es decir, el año 1968) fue también la Primavera de Praga, esa rebelión política contra el régimen burocrático “estalinizado” impuesto por la URSS en la entonces Checoslovaquia, y rápidamente aplastada por los tanques rusos, no sin antes tener en vilo al “sistema” mal llamado “soviético”, en una de las peores crisis de su esfera de influencia⁴. Que la derecha mundial aprovechara largamente el episodio, era de esperarse, así como lo era que la burocracia “soviética” lograra, con algunas concesiones, hacer volver el país al redil. Pero no se puede objetar que ese movimiento sirviera a la causa de la revolución mundial, desnudando el carácter objetivamente reaccionario de una casta burocrática supuestamente en “deshielo” post-Stalin.

Y, por supuesto, “1968” fue, asimismo, la Noche de Tlatelolco: la brutal masacre de

estudiantes en huelga por fuego de ametralladoras, en la plaza de ese nombre en la ciudad de México (hasta el día de hoy se ignora el número exacto de asesinados, pero no fueron menos de 500)⁵. Y así podríamos continuar citando ejemplos, incluyendo a la Argentina –donde a partir de 1968 se produjeron importantes movilizaciones estudiantiles y huelgas obreras bajo la dictadura de Onganía, emergió la guerrilla del ERP y en general, al igual que en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania y los EE. UU, se conformó una llamada “nueva izquierda” por fuera de partidos tradicionales como el Comunista o Socialista–. Pero lo que importa ahora es situar el emblema “Mayo 68” en el entramado complejo y contradictorio, pero enormemente explosivo, de la etapa en la que se inscribió. Continuaba la Guerra de Vietnam. Estaba fresca, y aún no del todo burocratizada, la Revolución cubana. El Che había sido asesinado seis o siete meses antes, transformándose inmediatamente en mito revolucionario mundial. El continente africano entero estaba atravesado por el *tsunami* de las revoluciones anticoloniales. En buena parte de Latinoamérica florecían insurrecciones y movimientos guerrilleros, frecuentemente combinados –otra “novedad” de la época– con la Teología de la Liberación.

Un año antes se había lanzado la llamada “Revolución Cultural” china (que terminó en un desastre, pero que en su momento ejerció una gran fascinación sobre la “nueva izquierda” antiburocrática/antirreformista, y muy particularmente en París⁶). Y así podríamos continuar, no sin apuntar cuántos de estos procesos se estaban desarrollando en lo que por entonces se llamaba el “Tercer Mundo”, una referencia permanente también para los grupos revolucionarios europeos.

Es contra ese telón de fondo –para volver al “1968” propiamente dicho– que se podría dibujar el *triángulo simbólico* París/Praga/Tlatelolco. Triángulo mucho más que geográfico, cuyos ángulos unen los lados políticos diferenciados, pero complementarios, de aquella convulsión mundial: la rebelión de la juventud, de las minorías étnicas y de las mujeres en el marco de un alza de la lucha de clases en el “Primer Mundo”, la rebelión contra el despotismo burocrático y la traición a las promesas de una democratización profunda del socialismo “real” en el “Segundo”, la rebelión contra la opresión colonial, neocolonial o imperialista en el “Tercero”. Posiblemente haya sido la primera vez en la historia del siglo XX en que *un año* haya podido concentrar esas tres dimensiones de la revolución mundial. »

Ya lo sabemos: el triángulo no logró *cuadrar*, finalmente, en un proceso decidida y triunfantemente revolucionario. El capitalismo “primermundista” pudo recomponerse y seguir su camino; la burocracia de los “socialismos reales” logró mal que bien sostenerse un par de décadas más; los intentos revolucionarios del Tercer Mundo fueron aplastados por distintas formas de terrorismo estatal asistido por el imperialismo. Pero “1968” quedó planeando como el proverbial fantasma que acecha en el horizonte. El mundo ya no volvió a ser lo que era. El capitalismo central, en poco tiempo, tuvo que rearmarse mediante un gran movimiento de reacción neoconservadora que dejó atrás las ilusiones “bienestaristas”; los “socialismos reales” burocratizados se deslizaron en una pendiente de descomposición de la cual ya nunca se recompondrían; en el Tercer Mundo quedó completamente descalificado, al menos durante otro par de décadas, el canto de sirena de la “democracia burguesa”. Las cartas se habían mezclado de otra manera y hubo que recomenzar el juego.

2.

En un controvertido artículo escrito en plena rebelión estudiantil en Italia, Pier Paolo Pasolini interpela a los jóvenes recordándoles que ellos son “nenes de mamá”, pequeños burgueses angustiados que *quieren todo* (como decía Nanni Balestrini), mientras que los policías que los reprimen –como en casi todas partes provenientes del “subproletariado”– son los verdaderamente *explotados*: también *ideológicamente* explotados, pues se los obliga a usar la violencia en contra de sus propios intereses de clase –los policías no solo reprimen estudiantes, sino obreros en huelga–.⁷ Por su parte, en un *film* mucho más reciente (*Los Soñadores*, Bernardo Bertolucci, 2003), situado en París en pleno Mayo del 68, se muestra un triángulo amoroso (con ribetes incestuosos) entre estudiantes de cine de clase manifiestamente burguesa, que viven “de arriba”, como se dice, y que al mismo tiempo que participan activamente en las barricadas, se “dejan ir” en una suerte de permanente orgía hedonista, alcohólica e irresponsable. Se trata de dos –podrían darse muchos más ejemplos– evidentes *provocaciones*, en el buen sentido. Los títulos “izquierdistas” de Pasolini y Bertolucci son irrecusables. Es obvio que el primero no

está tomando partido por la policía ni por la clase dominante (en el mismo texto califica a la burguesía no solo como una clase social, sino como una *enfermedad* de la civilización), ni el segundo está encogiéndose de hombros ante el esnobismo de unos “niños ricos con tristeza”. De lo que están hablando es de problemas que la revolución “juvenil”, por sí sola, no podía resolver, y del carácter complejo, contradictorio y por momentos *confuso* que tenía el movimiento. En los dos casos (más directamente en Pasolini, más “connotadamente” en Bertolucci) se está aludiendo a cuestiones de *clase*. Los estudiantes italianos no tienen una política clara para la situación de los *lumpen-policías*, a los “burguesitos” de Bertolucci ni siquiera se les plantea el problema: es notorio en ese film la completa *ausencia* de cualquier referencia a la lucha simultánea del proletariado francés, no porque sea una descuidada omisión o ignorancia (estamos hablando del director de cosas como *Novocento*), sino para indicar que esa “grieta” es, en alguna buena medida, la causa de la “confusión” de los jóvenes: está muy bien la “revolución sexual”, el quiebre de la familia burguesa, el pisotear los valores tradicionales, etcétera, pero, separado de la *lucha de clases* (que, como decíamos más arriba, puede ser la que *pone en su lugar* esas cosas), se corre el peligro de que la “revolución” termine en una limitada *contestación* (fue el concepto que se usó hasta el cansancio en la época): una reforma de las costumbres con celebrables innovaciones estético-culturales, digamos.

Muchas veces se ha criticado a “Mayo 68”, incluso por izquierda, el haber dado el puntapié inicial a la cultura “postmoderna”, y el haber transformado a aquella nueva categoría, la *juventud*, de nueva “vanguardia revolucionaria” en nuevo y gigantesco “nicho” para la sociedad de consumo contra la que inicialmente se habían rebelado. Y es verdad que no hubo en los estudiantes una sólida formación teórica y política que pudiera sostenerse como movimiento revolucionario riguroso, ni siquiera en sus líderes (¿dónde está hoy Dani “El Rojo” Cohn-Bendit? Se nos ha vuelto “verde”...): según cuentan los relatos, Sartre fue el único intelectual de primera línea al que recibieron gustosamente en las universidades ocupadas (sin privarse de pasarle el famoso papelito que rezaba: “No nos des la lata con tus discursos,

tenemos que ir a las barricadas”⁸), pero ¿cuántos de ellos lo habían leído y comprendido *realmente*, así como a otros que supuestamente los “inspiraban” (Marcuse, Fanon, etcétera)? Hay que tomar nota, por otra parte, de la rápida y contundente reacción de los intelectuales y artistas. El grupo dirigente de los *Cahiers du Cinéma* (Godard, Malle, Resnais, Rivette, Allio) establece, en el Theatre de l’Est, los Estados Generales del Cine (en recuerdo de los preludios de la Revolución Francesa); Godard y William Klein se lanzan a la calle a filmar todo. Un comando de choque de escritores célebres (Marguerite Duras, Michel Butor, Jean-Pierre Faye, Alain Jouffroy) toman por asalto a la esclerótica Société des Gens de Lettres, clavan una bandera roja en el techo y fundan una nueva Unión de Escritores, “abierto a todos los que consideran la literatura como una práctica indisociable del actual proceso revolucionario”. Se desata una “huelga revolucionaria” de actores y actrices, dirigida por Catherine Deneuve, Michel Piccoli, Juliette Greco, Jean-Louis Barrault (Alain Delon y Claude Lelouch se niegan a apoyarla, y la denuncian públicamente). No faltaron acciones que hoy calificaríamos de un poco delirantes, pero que dan cuenta de los entusiasmos de la etapa: los alumnos del Conservatorio Nacional exigen “la expropiación de las estructuras sonoras”, grupos de adolescentes invaden el Odeon exigiendo el “inmediato derecho al orgasmo”. Los estudiantes no siempre entienden la complejidad de estas alianzas cruzadas; grupos anarco-maoístas (¿?), afectados de la canónica “enfermedad infantil del comunismo”, pintan en las paredes cosas como: *La cultura ha muerto, y Godard no podrá resucitarla*. De todos modos, este hubiera sido el menor de los problemas: cuando las papas queman, no hay tiempo de ponerse a estudiar, se dirá; lo que realmente era una *carencia* era la tendencia “anarquizante” a confiar en las propias fuerzas rebeldes sin ir a fondo –aunque algunos lo intentaran– con una organización programática férrea que incluyera *orgánicamente* al (o, mejor, se incluyera en) movimiento proletario.

Ahora bien, cuando se hacen estas críticas en sí mismas plausibles, suele pasarse por alto que, en muchos momentos álgidos de los levantamientos, la unidad obrero-estudiantil en la lucha *sí existió*. Cerca de diez millones de trabajadores entraron en estado de huelga

general y/o de “asamblea permanente”, levantando reivindicaciones no solo exclusivamente económicas, sino políticas y, podríamos decir, “culturales”, y dieron tanto como pidieron ayuda a los estudiantes. Además de las huelgas proletarias propiamente dichas (como la gigantesca de Renault) se declaró una masiva huelga (heroica, prolongada y severísima) de los trabajadores de la TV francesa (ORTF), exigiendo la transmisión no censurada de los acontecimientos. Hay muchos más ejemplos. Fueron esos los momentos en que los cimientos crujieron de verdad. No puede ser casual que la mayor y más feroz represión se haya dado en los momentos en que aquella unidad estaba más sólida, ante el pánico de la burguesía de que, finalmente, se *produjera* por esa vía una definitiva situación revolucionaria. Ya sabemos lo que sucedió con esa posibilidad: las burocracias sindicales de la época, principalmente la CGT, así como el PC y el PS, no solo no estuvieron a la altura de las circunstancias, sino que terminaron constituyéndose en un decidido *freno* a ese “salto cualitativo”. Si a la larga hubo “desencuentro” entre el movimiento estudiantil y el obrero, no fue solo por el “espontaneísmo” o las falencias de formación política de los jóvenes, sino también porque la que debió haber fungido como *dirección* proletaria para suplir esas debilidades, abandonó a la clase obrera a su suerte; y, por lo tanto, *también* a los estudiantes.

Entonces, a su manera, Pasolini y Bertolucci –no importa lo que se piense de sus respectivas “provocaciones”– tenían cierta razón: más allá del “alza” revolucionaria mundial, en cada caso particular era la *lucha de clases*, con sus características específicas, con sus complicaciones y contramarchas, la que tenía que “sobredeterminar” la orientación. Todo lo cual no quita que las jornadas de Mayo 68, en su conjunto, resultaron una *experiencia política* extraordinaria, incluyendo el atisbo “utópico”, si se quiere, de una *anticipación* de potenciales relaciones sociales radicalmente transformadas⁹. Como diría Ernst Bloch, fue un *todavía-no*, pero cargado de promesas de futuro.

3.

Para terminar, como suele suceder, tenemos que volver al principio. La historia de “Mayo 68”, con todo lo que acabamos de

ver que significó *mundialmente*, está lejos de haber terminado. En los cincuenta años transcurridos, el mundo, es cierto, cambió radicalmente. Por solo mencionar las dos transformaciones más abarcadoras y decisivas, el bloque “socialista” se derrumbó estrepitosamente, y la mundialización capitalista cubrió el planeta con la peor de las reacciones neo-conservadoras. En ese medio siglo, sin embargo, y hasta el día de hoy, no faltaron nuevas e insistentes “primaveras de los pueblos”, ni dejaron de ensayarse movimientos de unidad en la acción entre la clase obrera y los sectores populares, los estudiantes, los jóvenes, las mujeres, los intelectuales y artistas, y hoy habría que sumar a los inmigrantes, los desplazados, los “marginales” de todo tipo. Al menos una vez por año, en ese período, se dio por muerto –o en el mejor de los casos, por académicamente “domesticado”– al marxismo y a los impulsos revolucionarios, conscientes o no, solo para terminar dándole la razón a la sabiduría quijotesca: *Los muertos que vos matáis, gozan de buena salud*. La alienación ideológica, la estupidización via *mass media*, la degradación cultural e intelectual, la corrupción impune de las “clases políticas”, el poder obscuro de las burguesías mundiales, campean por doquier, pero no del todo a sus anchas: no solamente la indetenible crisis global del Capital, sino la diaria emergencia de nuevos e imprevisibles focos de resistencia, indican que, si el mundo está atravesando una de sus peores etapas, los pueblos están *vivos*. Todo esto no es un llamamiento al irresponsable optimismo. Sigue faltando, a nivel planetario, la dirección revolucionaria, y ello hace que muchos de esos “focos” se fragmenten y terminen paralizados, o reconvertidos a alguna variante “progre” del sistema. No hay una “situación revolucionaria” a resolver *mañana*. Pero la *vitalidad* de lo que significó –con sus límites y contradicciones– “Mayo 68” insiste con obstinación. No se va a repetir *tal cual*, eso es evidente: las circunstancias son muy distintas, y no es probable que tengamos otro *annus mirabilis* como aquel. Aunque, quién sabe: *cosas veredes, que farán hablar las piedras* (¿o los adoquines?), para pasar del Quijote al Cid. Y cuando llegue –y habrá que trabajar mucho, pero la materia prima está– no será una farsa: más bien una “tragedia” para algunos, y una épica para el resto. ●

Lee la versión completa en la web:
www.laizquierdadiario.com/ideasdeizquierda/

1. Para el caso de Inglaterra, pero con alcances internacionales, son inestimables las memorias de Tariq Ali, *Street Fighting Years. An Autobiography of the Sixties*, Londres, Verso, 2005.
2. Dos buenos *films* –aunque muy diferentes entre sí– que retratan acabadamente este “clima de época” en las universidades norteamericanas, son *Las fresas de la amargura* (Stuart Hagman) y *Zabris-kie Point* (Michelangelo Antonioni), nada azarosamente ambos de 1970, es decir, filmadas todavía caminando sobre los rescoldos de “Mayo”.
3. Un extraordinario e increíblemente exhaustivo libro que repasa las múltiples facetas de la situación italiana es: Nanni Balestrini y Primo Moroni, *La Horda de Oro (1968-1977): La Gran Ola Revolucionaria y Creativa, Política y Existencial*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006. Nanni Balestrini es además autor de una novela ya mítica de y sobre la época, *Vogliamo Tutto* (Milán, Feltrinelli, 1971). También se pueden leer con mucho interés las memorias de Rossana Rossanda, *La Muchacha del Siglo Pasado* (Madrid, Foca, 2008) y las de Maria Antonietta Macchiocci, *Duemila Anni de Felicità* (Milano, Il Saggiatore, 2000).
4. Otro film estupendo, ahora sobre la rebelión praguense, es *Hořící keř* (*La Zarza Ardiente*) (Agnieszka Holland, 2013), que relata la politización de la juventud checa en 1968, centrándose especialmente en la figura de Jan Palach, el estudiante que se inmoló prendiéndose fuego frente a los tanques rusos.
5. Otro gran libro: Elena Poniatowska, *La Noche de Tlatelolco*, México, Era, 1971.
6. Por supuesto, la referencia insoslayable para esto es el anticipatorio *film* de Jean-Luc Godard, *La Chinoise* (1967). Para un panorama general, se puede consultar Ariet García, María del Carmen y J. Valdés-Dapena Vivanco (comps.), *Filosofía y Revolución en los años Sesenta*, Mexico, Ocean-sur, 2010.
7. Pasolini, Pier Paolo: *El Caos. Contra el Terror*, Barcelona, Crítica, 1981.
8. Cohen-Solal, Annie: *Sartre 1905-1980*, Paris, Folio / Gallimard, 1985.
9. Para una notable crónica presencial de la “cotidianidad” de esas jornadas, véase Fuentes, Carlos, “La Francia revolucionaria: imágenes e ideas”, en VVAA: *Los Estudiantes*, Montevideo, Cuadernos de Marcha N° 15, Julio 1968.